

mer plano de la investigación protestante. Pero el esfuerzo aplicado no buscaba en primera línea el conocimiento histórico de esa ideología. Se buscan, y se encuentran, los pasajes que prueban la verdad de la dogmática luterana o reformada. La exégesis de la Reforma introduce sus propias ideas en Pablo para volver a recuperarlas cargadas de una autoridad apostólica. Esta objeción, formulada de modo muy general, se ha llevado a cabo dentro del protestantismo y constantemente desde la Reforma..." (páginas 238-239).

Enfoca correctamente el hecho de la Resurrección de Cristo, que considera "el acontecimiento decisivo de la primitiva historia cristiana" (p. 328). Afirma también que "la importancia que el hecho de la resurrección tiene para Pablo se evidencia todavía más cuando habla de las consecuencias —a su modo de ver, aniquiladoras— que se seguirían de negar la resurrección" (p. 333). Al tratar el tema de la Eucaristía cita a W. Heitmüller que afirma que "la cena del Señor opera la unión más íntima con el Cristo exaltado, que se ha entregado a la muerte como víctima por la comunidad; que se trata de una comida y una bebida sobrenatural, se trata de un alimentarse de Cristo" (p. 410).

El libro es en su conjunto valioso, sobre todo para los estudiosos de San Pablo. Hay que tener muy en cuenta el público para quien escribe y el A. y la problemática de esos destinatarios que tanto desean el acercamiento a los hermanos separados. En aras de la causa ecumenista se hacen algunas veces ciertas concesiones, pero en definitiva la postura del A. es firme en cuestiones decisivas, como es por ejemplo la Resurrección de Cristo.

Antonio GARCÍA-MORENO

Agostino TRAPE, *S. Agostino. L'uomo, il pastore, il mistico*, Fossano (Cuneo), Ed. Esperienze ("Maestri di spiritualità"), 1976, 442 pp., 13,5 × 20,5.

A dos años de la aparición en España de la obra de V. Capánaga, *Agustín de Hipona. Maestro de la conversión cristiana*, Madrid, Ed. Católica, 1974, he aquí la obra de otro agustinólogo que, como resumen y fruto de muchos años de estudio, quiere intentar una semblanza del gran Obispo de Hipona, que pueda abarcar todos los aspectos de aquel hombre genial desde los rasgos tan entrañables de su humanidad hasta la estructura de su pensamiento.

La obra de Trapé en principio se dirige a un público culto —que no engañe el hecho de que se presente en una colección de espiritualidad—, pero está escrita de manera admirablemente divulgativa y resulta de lectura muy agradable. Se nota que en

ella el autor vierte todos sus conocimientos y sin embargo se diría que haya salido a vuelapluma aunque la seriedad del fondo y la erudición que siempre la sostiene no puedan ser el producto de la inspiración del momento. Queremos decir ante todo que el libro de Trapé es un libro muy logrado, bien escrito, ágil, de palabra elegante y sencilla, sin aparato externo de erudición, y pensamos que puede ser una buena introducción al estudio de las obras del mismo San Agustín. Desde luego no substituye a obras más profundas y técnicas como el clásico artículo de Portalíe en el *Dict. de Théol. Cath.*, o el agudo libro de Gilson. El *S. Agostino* de Trapé se coloca junto a la obra de G. Bardy y el artículo que el mismo Trapé escribió para *Biblioteca Sanctorum* y, en nuestra opinión, los supera claramente.

El esquema del libro es muy sencillo. Trapé sigue un orden cronológico, pero intercalando amplios resúmenes y consideraciones doctrinales. La exposición se divide en cuatro partes. En la primera, cuyo título es *El hombre*, el A. expone la vida de Agustín al hilo de las Confesiones, de los Diálogos y del *De utilitate credendi*, desde el nacimiento hasta la vuelta a Tagaste en 388. Es la parte sin duda más conocida de la vida del Santo Doctor, gracias a las obras de carácter autobiográfico que Agustín mismo escribió. De esta primera parte sólo queremos señalar que Trapé comparte la idea de Boyer: la conversión al catolicismo de San Agustín —sería mejor decir la vuelta al catolicismo— puede hacerse remontar a la predicación de Ambrosio en Milán. Para Trapé el primer momento decisivo de la conversión de Agustín fue el reconocimiento de la autoridad de la Iglesia Católica (*Conf. VII, 5, 7*): no se trata todavía de una conversión “en el sentido teológico de la palabra”, pero sí de un paso decisivo. Las otras etapas que llevaron a Agustín a superar el escepticismo, el materialismo y el racionalismo, fueron: la lectura de los libros de los platónicos (Plotino y Porfirio) con la consiguiente “conversión filosófica”, la lectura de San Pablo con la aceptación del misterio de la Encarnación, y el episodio del jardín, con la resolución de abrazar el estado religioso.

La segunda parte del libro (*El Pastor*) está dedicada a la vida de Agustín antes como sacerdote y después como obispo. Trapé sigue a Agustín en toda su intensa actividad episcopal, dándonos una descripción histórica y psicológica de la vida del Santo llena de penetración y de exactitud. En este segundo apartado se tratan también los grandes temas doctrinales en que el Obispo africano intervino: el maniqueísmo, el donatismo, el pelagianismo y la polémica *adversus paganos*. Esta es sin duda la parte más densa de la obra de Trapé y sobre ella volveremos dentro de poco.

La tercera parte (*El Místico*) es la parte más original. Trapé intenta reconstruir el pensamiento espiritual de Agustín siguiendo sus obras más importantes (*Amante de la hermosura; Una carta dirigida a Dios: Las Confesiones; El Señor, Dios solo y único*:

*La Trinidad; Las últimas "Confesiones": las Retracciones; Ama y haz lo que quieras: In Ioann. Ev. tract.; Todavía ascendíamos interiormente: Enarr. in Ps.*). El lector puede penetrar así poco a poco y como subiendo unos jalones espirituales en el alma del Santo Doctor a partir de la contemplación de la naturaleza hasta la unión vital con Dios.

La impresión que el libro deja es muy grata. Se vuelve a descubrir con alegría y lejos de toda retórica el alma apasionada pero también aguda y penetrante de Agustín. Hay un agustinismo falso y meloso, en efecto, que quiere subrayar constantemente el aspecto sentimental y afectivo de las obras del Obispo de Hipona y olvida así la dimensión especulativa del Santo. Trapé nos ayuda a descubrir que San Agustín supo llegar, en su época, a una síntesis genial entre las distintas corrientes culturales y religiosas y que la razón formal de esta síntesis fue la verdad cristiana. No se pueden leer sin una profunda simpatía y una aprobación cordial las siguientes palabras (p. 429): "...anche Tommaso è discepolo di Agostino, anzi per certi aspetti di fondo ne è il discepolo più grande; e non solo in teologia; discepolo, dico, come può essere tale chi a sua volta è un grande maestro. I due maestri sono più vicini di quanto comunemente si creda; certamente più di quanto farebbero pensare certe forme storiche di tomismo e di agostinismo. Essi — i due maestri — mostrano la continuità dottrinale e la complementarietà che corre tra la patristica e la scolastica, che sono l'una e l'altra, una gloria del pensiero cristiano".

Aunque el libro de Trapé quiera ser sencillamente una exposición de la vida y del pensamiento de San Agustín, no faltan en la obra algunas tomas de posición en cuestiones delicadas o controvertidas. El hecho es que alrededor de la figura del Santo Doctor, con fundamento o sin ello, se han planteado varios problemas de tipo teológico. Hay tres muy actuales: en primer lugar determinadas corrientes de pensamiento acusan a San Agustín de haber mantenido un oculto maniqueísmo y de haber por tanto influido en sentido pesimista sobre el desarrollo doctrinal de la teología de la Gracia. En definitiva, San Agustín sería el responsable de la postura luterana o calvinista, del jansenismo y —lo que es más grave— de una visión "cosista" del pecado original. Trapé sale al paso de estas acusaciones infundadas y arbitrarias con garbo y firmeza haciendo ver con claridad que la doctrina agustiniana de la Gracia está en perfecta continuidad con la Tradición, está animada por la esperanza y la confianza en Dios y se mantiene lejos tanto del dualismo pesimista de los maniqueos como del cómodo optimismo pelagiano. Digámoslo en una palabra: Julián de Eclana, lejos de tener razón, actuó en todo momento de forma desleal y doctrinalmente equivocada.

El segundo tema controvertido es el referente al matrimonio. En algunos ambientes se viene repitiendo el lugar común de que

a Agustín hay que achacarle una concepción del matrimonio cristiano como algo debido sólo al instinto de reproducción. De aquí vendrá la idea, falaz según estos pensadores, de que el fin primario del matrimonio será la procreación, y, por consiguiente, la minusvaloración del amor mutuo y el perfeccionamiento recíproco en la unión matrimonial. Trapé desmonta estas falsas interpretaciones, debidas sobre todo a Häring, en un brillante capítulo (*Agostino misogino?*), cuya conclusión, sencilla y profunda, es la siguiente: "Le costanti di questo pensiero (es decir de la doctrina agustiniana) sono due: affermare, in nome della personalità e dell'ordine, la padronanza della retta ragione o padronanza del vero amore sugli impulsi dell'istinto e l'ordinazione essenziale della sessualità ai fini della fecondità umana" (p. 234).

El tercer tema en discusión es la célebre cuestión de la postura personal de San Agustín acerca de los donatistas. Como se sabe, Agustín aceptó el edicto de Honorio de 405 que suprimía legalmente el donatismo y daba órdenes a los magistrados imperiales para que procedieran judicialmente, por medio de castigos que llegaban al destierro y a la confiscación del patrimonio, contra la secta. De aquí la acusación de Brown de que Agustín fue "il primo teorico dell'inquisizione". Trapé, con serenidad, vuelve a colocar las cosas en su justa perspectiva. Ante todo señala lo que hay de exagerado, de poco histórico y de antipatía preconcebida en tales acusaciones. Luego, por medio de una descripción de los horrores y desmanes causados por los *circuncelliones* donatistas, hace ver que las duras medidas imperiales tenían su razón de ser. Después el A. nos describe la postura siempre abierta, cariñosa, humilde y paternal del Sancto Doctor también hacia aquellos que por dos veces habían atentado contra su vida. Por último, el libro, con palabras del mismo Agustín, nos revela que los donatistas no eran más que una pequeña minoría agitada que conseguía artificialmente mantener en una situación de rebeldía y de alboroto a los fieles ingenuos: la energía y la firmeza del edicto imperial, al separar los donatistas más furiosos e irreductibles de la masa de sus seguidores, consiguieron establecer la paz con sorprendente rapidez y demostraron que la mayoría de los donatistas no estaban verdaderamente convencidos de la bondad de las ideas cismáticas, sino que las aceptaban pasivamente.

El de Trapé es, como se puede ver, un libro útil e interesante, y constituye un guía seguro en la introducción a los estudios agustinianos. Sin embargo, no podemos menos de señalar un pequeño defecto que querríamos ver desaparecer en las ediciones próximas. Nos parece haber detectado en algunas expresiones de Trapé un tono un poco pesimista y desilusionado, como si el A. pensara que la defensa de San Agustín resulta, en el fondo, inútil, porque los actuales atacantes no están desprovistos de toda ra-

zón. Así, por ejemplo, nos parece excesivo el relieve que se da a las hogueras de la inquisición como fruto real de la doctrina agustiniana, aunque mal entendida, y no compartimos la idea de que Agustín fue en su período maniqueo, un "contestatore" de la Iglesia. Pero estas son pequeñas imperfecciones en una obra que, en conjunto, hay que considerar —nos parece— muy interesante y valiosa.

Claudio BASEVI

Joseph LEDIT, *Marie dans la Liturgie de Byzance*, Paris, Ed. Beauchesne ("Théologie Historique", 30), 1976, 363 pp., 13,5×21,5.

Dentro de la gran producción bibliográfica actual, de vez en cuando aparece alguna obra verdaderamente importante, tanto por la materia como por la metodología. *Marie dans la Liturgie de Byzance* pertenece a este tipo de obras. Es un trabajo, en efecto, que se ocupa de algo tan importante como la figura de María descrita en los textos litúrgicos bizantinos —compuestos antes de la ruptura entre Oriente y Occidente— con rigor científico y con fe amorosa. Por estos motivos bien merece un tratamiento especial.

*Visión de conjunto.* El autor, buen conocedor de la teología mariana, ha estructurado su obra según este triple plano, tan lógico como profundo: María en los planes de Dios Trino, María en su vida terrena y María en su actuación en la Iglesia. De acuerdo con este esquema, la obra está dividida en tres partes: María en el designio de Dios, la vida terrestre de María y María en la Iglesia.

I. El designio de Dios sobre María. Desde toda la eternidad, Dios escogió a quien iba a ser su Madre y realizar así su designio salvífico (pp. 32-35), creándola por ello y para ello— purísima y llena de toda perfección (pp. 35-37). María se inscribe, por tanto, en el orden hipostático y ocupa un lugar único en la creación. Eso explica su excelencia y su encumbramiento por encima de todo orden creado, incluso los ángeles, y su situación privilegiada sobre todas las creaturas. Únicamente Ella es, con propiedad, *santísima, supersanta y purísima* (pp. 38-45).

Por otra parte, al iniciarse la restauración del orden conculcado por el pecado original, María queda asociada a la obra de Cristo Salvador. Ciertamente sólo Jesucristo nos ha rescatado y sólo El nos ha reconciliado con el Padre. Pero en el orden actual de la Providencia esto no hubiera sido posible si no hubiera recibido de María la carne que fue crucificada. En María y por